
EL HORNERO

REVISTA DE ORNITOLOGÍA NEOTROPICAL



Establecida en 1917
ISSN 0073-3407

Publicada por Aves Argentinas/Asociación Ornitológica del Plata
Buenos Aires, Argentina

William Henry Hudson y su amor a los pájaros

Casares, J.

1929

Cita: Casares, J. (1929) William Henry Hudson y su amor a los pájaros.
Hornero 004 (03) : 277-289

www.digital.bl.fcen.uba.ar

Puesto en línea por la Biblioteca Digital de la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales
Universidad de Buenos Aires

16. *Claravis pretiosa* (Ferrari-Pérez). — Anda por las faldas boscosas de los cerros de Tucumán; no es común; vive bastante oculta entre las frondosidades de los árboles y parece que su vida es arbórea.

17. *Leptophaps aymara aurisquamata* (Leybold). — Solamente la encontré a una altura de 4.500 metros en los cerros de Tucumán; va en pequeñas bandadas y a veces se las halla de a pares. No son comunes, su carne es comestible.

(Continuará)

WILLIAM HENRY HUDSON Y SU AMOR A LOS PÁJAROS ⁽¹⁾

POR

JORGE CASARES

Por encargo de la Sociedad Ornitológica del Plata debo ocuparme de « William Henry Hudson y su amor a los pájaros ». He pronunciado el nombre a la criolla..., (creo con esto no ofender los oídos del Embajador Británico, aquí presente). Sirva la falta, por lo menos, para establecer el distingo con sus dos homónimos contemporáneos, dos William Henry Hudson: publicista y profesor de matemáticas el uno en el King's College de Londres; secretario, el otro, de Herbert Spencer, catedrático luego en las universidades de California y Chicago, y autor de innumerables trabajos sobre crítica literaria.

Mas, para nosotros argentinos, la confusión no debiera ser posible aunque, fuerza es confesarlo, poco sabemos acerca de nuestro Hudson.

Hemos leído algunos de sus cuentos, El Ombú, entre otros, consagrado como uno de los mejores relatos del habla inglesa; sabemos que su prestigio en las letras crece de día en día; y nos consta que las descripciones, — usos y costumbres — de las aves argentinas, no han sido ni serán superadas.

Pero en cuanto se pretende situarlo en el mundo de los vivos, su figura se desvanece. Hudson, por sus modalidades, ha contribuido a que su vida resulte difícil de seguir. Además, una circunstancia particular y dramática fué causa de la deformación de su carácter, en abstraído y sombrío: a los 17 años, a consecuencia de una arreada en la pampa, bajo la lluvia, contrajo una « fiebre reumática », que le invalidó con una afección cardíaca tan honda que la torpeza de sus médicos no tuvo reparo en declararle, a él

(1) Conferencia dada por el autor en la Facultad de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, el 14 de noviembre de 1929.

mismo, que sus días estaban contados. A pesar del fúnebre pronóstico vivió 80 años, pero bajo la angustia perpetua de la muerte. Como reacción, se le despertó un ansia tan vehemente de vivir, un horror tal al presagio de su fin, que trató de alejar de la imaginación todo aquello que pudiera representarle la fugacidad del tiempo: ahorraaba fechas en la correspondencia; ocultaba su edad, que rara vez coincide con los hechos que refiere; hombre sencillo, llegó a teñirse el pelo, y otros tantos ocultismos cual si con ellos despistara al destino. Era reservado, no hizo jamás una confidencia, misterioso aún para sus propios hermanos.

Se sabe sin embargo que nació aquí, a sólo 20 kilómetros de donde estamos, en Quilmes, en una quinta llamada «Los 25 Ombúe.», por el año 1841 ⁽¹⁾ en el período agudo del terror manejado por Cuitiño, y cuando nuestros campos conservaban su primitivo salvajismo libre de cereos y de rieles. El 10 de Octubre, niño de dos meses cumplidos, era traído por esos andurriales a la calle Cangallo frente al paredón de la Merced, para recibir las aguas del bautismo en la Iglesia Metodista.

Su padre — Daniel ⁽²⁾ — norteamericano de origen, con gota de sangre irlandesa, y su madre ⁽³⁾, descendiente de un puritano del May Flower, se establecieron en la Confederación Argentina, como criadores de ganado, actividad que completaron luego con el ejercicio del comercio al trasladarse, en las cercanías de Chascomús, a la Estancia «Las Acacias» ⁽⁴⁾; vieja residencia colonial, donde no faltaban la huerta y el monte de frutales, circundados por profundo foso y doble hilera de álamos de Italia. Ese fué el hogar, por largos años, del matrimonio y sus seis vástagos; donde bajo la vigilancia plácida, casi mística de la madre, se mantenía el orden y la tradición en las normas cotidianas que se iniciaban con el breackfast matutino, a base de café con leche, huevos de avestruz, en tortilla, o de tero y una «renombrada» conserva de duraznos, obra maestra de Misia Carolina Kimble de Hudson. No faltaba tampoco el alimento espiritual en una no mal provista biblioteca.

El joven Hudson recibía la instrucción posible, en aquellas, entonces, lejanías. Buen jinete a los 6 años, se explayaba como el hijo del gaucho, en perpetuas correrías sobre su petizo, diestro en las artes de bolear chorlos y cazar perdices con caña y cerda, y afanoso por encontrar variedades, para él nuevas, que por la noche describía a sus hermanos mayores, al amor de la lumbre, en la vasta habitación, presidida, en efigie, «por el gran hombre» (habla Hudson) Don Juan Manuel de Rosas.

A su travesía penetración nada escapa. En el rigor del invierno, en los contados días, tibios de sol, «confortantes» y serenos, se divierte en atisbar las pocas golondrinas que aparecen «sin que nadie pueda adivinar de dónde»; extrañado por la incógnita, aún en pie, del letargo invernal de las golondrinas. Desde esa época, feliz entre todas, principia a cosechar el caudal inmenso de impresiones visuales y auditivas, que guardará como su máspreciado te-

(1) El 4 de agosto.



soro, y que han de servirle de inagotable fuente para sus obras, escritas tras-puesto el medio siglo de existencia.

Creció y se hizo mozo sin más aspiración que « conservar lo que ya tenía »: « contemplar el cielo y la herbosa tierra húmeda de rocío »; en continuas andanzas, solitario casi siempre, « absorbiendo » como él decía « el aire puro a bocanadas como una aspiración de vida eterna »; anotando en todo momento los resultados de sus observaciones, reiteradas y constantes, sobre la biología de las aves; en incansable acecho para repetir experiencias que confirmaran sus notas.

Fué un gaucho vagabundo que entre los gauchos vivió, y con quienes tenía afinidades, hasta físicas, en los ojos pequeños de mirada penetrante y las orejas separadas, como para auscultar el desierto. Como ellos conservó una nunca desmentida cortesía, indiferencia para los fuertes y el invencible atractivo por las interminables charlas de fogón, en las cuales le sorprendía el amanecer. Como ellos, también, enrolado en la Guardia Nacional, rindió tributo a la tierra en que naciera.... Esa tierra que recorrió hasta más allá de Río Negro, protegido por su poncho patrio, y su revólver que en alguna ocasión contuvo el ataque del indio, en encuentro frente a frente, sin más compañía, en la soledad, que un caballo de tiro y el consuelo de su pipa.

La primera exteriorización de sus actividades ornitológicas fué el envío de una colección al Smithsonian Institution de Washington, compuesta de 265 pieles y repartidas en 96 variedades, de las cuales 14 no estaban incluídas en la lista de Burmeister, la más completa hasta esa fecha. A esta colección se le atribuyó tal importancia que de los Estados Unidos fué remitida a Inglaterra para que la estudiaran Selater y Salvin, quienes dieron cuenta de sus resultados en una sesión de la Zoological Society en febrero del 68. Entre las aves desconocidas por la ciencia de entonces, figuraba la que vulgarmente llaman « Tirúrití del campo » y que, en honor a su descubridor, recibió el nombre técnico de *Cranioleuca Hudsoni*. Otra de las que lleva su nombre es un pariente de la « viudita » el *Cnipolegus Hudsoni*.

La Zoological Society comienza a publicar las comunicaciones enviadas desde aquí el mismo año 68, y ellas son la base de los dos volúmenes que tratan de las aves del Plata (*Birds of La Plata*), especialmente interesantes por ser la única obra que describe las de nuestro distrito.

Los elementos de información en esa época eran menos que rudimentarios. Como auxilio a su absorbente afición sólo tenía la obra de Don Félix de Azara, sobre « Pájaros del Paraguay y Río de la Plata », escrita casi un siglo antes y publicada en 1802. El campo de observación no era exactamente el mismo para ambos autores: el de Azara comprendía las regiones tropicales, con su riquísima avifauna; el de Hudson se limitaba al Río de la Plata y norte de Patagonia. Azara describió 448 especies, algunas de ellas superpuestas, quiero decir que presentó como tipos distintos, a individuos que solo se diferenciaban por la edad o el sexo; las de Hudson se limitaban a 233. Me refiero

exclusivamente a la parte personal de su obra, porque en la «*Argentine Ornithology*», en la que colaboró Selater, alcanzaba a 434. A título informativo agregaré que actualmente se registran 1062 especies argentinas, de acuerdo al catálogo próximo a publicarse que preparan los señores Steullet y Deautier.

Con los pájaros cuya biografía escribió llega a tener un trato íntimo, diré así, comenzado en su niñez, y mantenido por sucesivos y continuos estudios: analiza el vuelo de las perdices; las modulaciones de nuestra calandria, que la considera entre los cantores «*como el diamante entre las piedras*»; no se contenta con la socorrida descripción del plumaje, sino marca rasgos típicos, sorprendentes detalles sobre costumbres; sigue todo el desarrollo en la construcción de los nidos, señala curiosidades como la danza con que los teros reciben a sus visitantes y es el primero en percibir características anatómicas como las de la conformación intestinal de la martineta, que originaron las indagaciones del sabio investigador Frank Beddard.

Desde entonces su amor a los pájaros influye en sus juicios y opiniones. Rosas le merecía un alto concepto, inculcado por su padre quien a fuer de extranjero y campesino veía en el Tirano — rubio y de ojos azules —, a un ejemplar de raza, superior a la de su ambiente, y al protector del trabajo ganadero. Pero el motivo personal de su admiración estaba en que creía en la magnanimidad de Rosas, porque perdonara la vida a un condenado a muerte, por la sola virtud de haber escrito la historia de un benteveo, que despertó el interés y la clemencia del Dictador.

En su primera juventud, cuando le agobiaron con el tétrico diagnóstico, se torturaba con verdaderos conflictos de conciencia, perturbado por el impenetrable enigma de la muerte; a raíz de lo cual decide declararse «*ateo religioso*», como él se definía, lo que significaba caer en algo así como un panteísmo, que no excluía la creencia en espectros y luces malas. Como resultado de la crisis religiosa, confesaba una franca prevención a todos los clérigos, sin distinción de cultos; exceptuaba a los frailes menores de San Francisco, porque supo que el fundador de la Orden, el Beato de Asís, allá en Umbría, una mañana de lo alto de la colina predicó a los pájaros y les dijo: «*Hermanas mías las aves...*»

Un buen día resuelve trasladarse a Inglaterra y aunque no ha dado explicaciones sobre esta determinación cabe suponer que la motivaba el deseo de completar sus estudios ornitológicos. Alguno de sus íntimos insinúa la sospecha de que hubo de por medio una pasión amorosa desgraciada.

Abandonaba la República cuando Sarmiento, en la Presidencia, marcaba rumbos definitivos, los ferrocarriles acortaban distancias, la implantación del alambrado permitía se intensificaran las industrias rurales y el inmigrante roturaba la tierra.

Y un miércoles de Semana Santa, el 1° de Abril de 1874, se embarcó en el «*Ebro*», paquete inglés, de vapor y velas, de 1.500 toneladas. Entre los datos desconocidos hasta hoy, que pueda revelar en el transcurso de mi con-

versación, atribuyo capital importancia a la fecha de su partida, porque deja definitivamente establecido que Hudson salió de la Argentina a los 33 años, hombre hecho y derecho, vale decir con su personalidad definida, con su cultura literaria, fundamental, ya formada (por lo pronto había leído al Dante) y puedo afirmarlo, dueño de su estilo espontáneo, armonioso y rutilante de adjetivos.

Se marchaba hacia donde nadie le conocía; donde la vida, en la lucha, tenía que vencerlo, porque la fatalidad le había transformado en un nómada contemplativo.

La travesía del « sublime pero tedioso Océano » la realiza entre tempestades y borrascas:

« So it is nothing but roll, roll, roll, morning, noon and night ».

Cito esta frase en inglés, escrita a bordo, como un ejemplo de su prosa musical.

Llegaba en un momento solemne en los anales de Inglaterra, cuando la reina Victoria se disponía a ceñir su corona de Emperatriz, mientras Disraeli, jefe de preclaro ministerio, al adueñarse del Canal de Suez, aseguraba la ruta libre, y propia, del Imperio de las Indias. El formidable poderío británico alcanzaba la cúspide: la « union-jack » flameaba en todos los mares del universo, los productos de la industria irradiaban hacia los confines del mundo, medio humanidad era tributaria de las minas de Cardiff, y la escuadra inglesa, por sí sola, equivalía a la de todas las potencias reunidas.

Pero Hudson no se conmovía ante tanta grandeza. A través de los aguzadísimos sentidos percibía al imponente país como una sensación: La noche de su arribo, solo, en Southampton, se paseaba como un sonámbulo por callejuelas y vericuetos, husmeando un olor dulce, acre y persistente — que absorbía con deleite — y con el poderoso don de evocación de su olfato pomposamente lo bautizó con el nombre de « El olor de Inglaterra ». Así traduce su primer encuentro con la que él llamaba « la señora de sus pensamientos ». Años más tarde declaraba socarronamente que el evocativo olor salía de una fábrica de cerveza.

Mientras sus compañeros de viaje se dispersan rumbo a sus destinos, queda suspenso ante los viejos olmos, que en el centro de la ciudad se animan con el chirriar de los gorriones; sus desconocidos porque aún no habían emigrado a Buenos Aires.

Alquila un birlocho para recorrer la campiña y oír « at once » el cantar de los pájaros ingleses. El día que pasa por la « modesta granja », triste refugio del ilustre Restaurador, oye por primera vez las melodías de la alondra; se sorprende ante las añosas encinas y el « césped como terciopelo »; — silba un mirlo — y se aparta del camino para internarse en la selva y durante una hora embelesarse con la queja del « cuckoo », que se repite « de bosqueje en bosqueje »; atraviesa puentes rústicos, « sobre arroyos románticos », contem-

pla entre las frondas una ruina gótica ⁽⁵⁾ cubierta por la hiedra: se transporta a otro mundo, trocando el horizonte infinito de la pampa por el paisaje que encuadra en una tela de Constable.

Anda desorientado, desempeñando a veces menesteres modestos; en uno de los cuales entra en contacto con un ornitólogo sistemático, John Gould, el autor de las magníficas publicaciones sobre los picaflores y los trogones y redactor científico de la colección de aves traída por Darwin en el *Beagle*. Sobre Gould guardó una opinión enconada, que le llevó a publicar un artículo en su contra.

En 1876 le encontramos en una casa de pensión, en Leinster Square cerca de Kensington Gardens, casado con la dueña de la misma, Emily Wingrave, exuberante matrona 15 años mayor que él, pero que conservaba una frescura, una abundante cabellera de oro, que disimulaban sus 50 años y, como rastro del pasado, una voz fina y cultivada que hacía las delicias del admirador de la calandria.

¿Cómo se realizó el matrimonio? Nadie lo supo.

Hudson a los 35 años era un imponente varón de 1 metro 86 de altura, anchas espaldas; cabellera y barbas abundantes, oscuras e hirsutas; piel tostada, ojos castaños y nariz prominente. Unía a su aspecto de gigante un candor infantil, suavidad de maneras, el encanto de su verba pintoresca, más el don gauchesco de dar vida a largas narraciones de aventuras. Ante ese coloso extraño, venido de tierras misteriosas y lejanas, la rubia Emily vió encarnarse, quizás, a un héroe de las óperas que interpretara en su juventud. Y un amor otoñal, manso y tenaz, venció la resistencia, si la hubo, del enamorado de los pájaros. Así quedó definitivamente radicada en Londres la vagancia de este soñador sin trabajo y sin peniques.

Pasan diez años, sin que sepamos a ciencia cierta en que empleaba su tiempo; pero es indudable que correteaba por los parques londinenses que reemplazaron, como campo de su necesaria observación, a la Pampa desvanecida. Alguien pudo verle de merienda bajo los árboles, envuelto por los pájaros que a una señal acudían a picotear las migas en su plato. Y este hombre que nada conocía de su prójimo, estaba en relación permanente con todos los que residían dentro del perímetro de la gran urbe. Sabía que en toda ella solo habitaban cuatro urracas: una solitaria en Saint James' Park, animoso avechuchu que tenía guerra declarada a los cuervos; las demás en Regent's Park, llevaban una vida fácil, pues si bien por dos veces construyeron nidos, las muy holgazanas nunca empollaron sus huevos.

La tranquilidad de esos diez años termina por una primera bancarrota de la casa de pensión, que les obligó a la mudanza y a instalarse, luego, en una bohardilla a donde la pobre Emily llegaba agobiada por los muchos escalones y los muchos años. Y apareció la miseria, y también el hambre, y la acri-

(5) Netley Abber.

tud del carácter de la esposa, que estallaba en irritación cuando a Hudson se le ocurría chupar limones a deshora, como remedio natural para su reuma. A pesar de todo Hudson mantuvo su consideración, no exenta de galantería, para esa mujer que nunca lo comprendió. En su libro « Afoot in England » (A pie por Inglaterra), la menciona continuamente bajo el título de « companion », denominación que incomodó a la viejecita, al extremo de interpelar a su marido; Hudson se limitó a explicarle: « Un compañero es un compañero; una esposa no es siempre un compañero ».

Referir estas pequeñeces domésticas no es ofender su memoria, al contrario, es ponerlo en la buena compañía de Shakespeare y Cervantes.

Aquel fué el período más aciago de su existencia, porque estaba « alejado de la naturaleza, enfermo, pobre y sin amparo », pero aún así, no se enfrió su apego a la vida, porque, « con todo, podía sentir, siempre, que era infinitamente mejor « to be than not to be » (ser que no ser).

Acosado por las necesidades, entregó a la imprenta su primer libro, « La Tierra Purpúrea, que Inglaterra perdió » (tal fué el primitivo título), verdadero fracaso editorial; con lo que llamándose a silencio por varios años, se limitó a la producción aislada de artículos y cuentos, que con gran trabajo y poca remuneración le admitían en algunas revistas, con cuyo producto y el de las lecciones de canto de Mrs. Hudson, atendían a sus necesidades más apremiantes.

Salvo su « Argentine Ornithology », en tirada de 200 ejemplares, y « Crystal Age », que apareció anónima, puede decirse que el contacto con el público lo inicia a los 52 años de edad, con el « Naturalista en el Plata », en el cual se descubre al escritor. Alentado por el éxito, comienza a producir un libro por año para arribar a una relativa holgura, reforzada por una pensión del Gobierno inglés, acordada en mérito a sus servicios prestados como naturalista.

En su tardía producción, que pasa la veintena de volúmenes, más de la mitad es dedicada exclusivamente a los pájaros, en el resto se ocupa parcial o indirectamente de ellos, y siempre intervienen como elemento indispensable. Le despiertan un entusiasmo contagioso, un ardor de sentimiento que solo se explicaría inspirado por seres humanos y desborda de emoción cuando describe el gorjeo registrado por la prodigiosa sutileza de su oído.

El anhelo de reproducir tan intensas « impresiones estéticas », como las calificaba, le exige esforzar la expresión para sorprender el vocablo que traduzca, con precisión y claridad, el matiz exacto de su sentir, lo que refluye necesariamente en la riqueza y abundancia de su léxico, al punto que puede alegarse que a Hudson los pájaros le hicieron literato.

En el casi medio siglo que vivió en Inglaterra, gran parte del tiempo fué prisionero de la ciudad. Él « ¡que cuando estaba fuera de los murmullos campestres » no se sentía « propiamente vivo! » Le sirven de alivio a su confinamiento en Londres, algunas escapadas a la campaña, no las menos gratas

las trascurridas en un Cottage de Hampshire, que ponía a su disposición Sir Edward Grey, luego Vizconde de Fallodon y Ministro de Relaciones Exteriores, leal amigo que le apreció cuando nadie le conocía, y que en sus últimos años distrae su ceguera (1918) haciéndose leer « Far Away & Long Ago ».

En aquellas salidas se entregaba a la enfermiza laxitud de su organismo, que le dejaba por horas tendido sobre el césped, observando las idas y venidas de los cuervos u oyendo el ritornelo de una caserita; y apuntaba hábitos de las aves inglesas desconocidos para los ornitólogos, como el de los grajos de reunirse en primavera; distinguía las variantes en la algazara de las cornejas segun las regiones y predicaba en favor de un reyezuelo — « Woodwren » (*Phylloscopus sibilatrix*) — que en el pueblo de la tradición pasaba inadvertido porque no fuera cantado por los poetas, — de Chancer a Tennyson, — ni de él se ocupara Willughby, decano de la ornitología en Inglaterra. Observaba mucho para luego trabajar « slowly! slowly! » — lentamente, lentamente —, como para no apurar la vida. Y reúne así el material necesario para componer sucesivamente sus libros: « Birds in a Village », « British Birds », « Birds in London », « Birds & Man », y « Adventures among Birds ».

Estos libros hirieron la susceptibilidad de Alfred Newton, el profesor de zoología del Magdallen College, autor del difundido y utilísimo Diccionario de las aves, quien trató a Hudson con suficiencia, « at me an Argentine », decía « a mi un argentino, que me atrevía a escribir sobre pájaros ingleses ».

Con Newton se completa el terceto de ornitólogos académicos con quienes no pudo entenderse. Los otros dos fueron Gould y Selater; el último su colaborador, de quien no quería acordarse. Tales desavenencias eran debidas en parte, al carácter de Hudson, alterado por la enfermedad, aunque de natural era rebelde, cuando trataba con personas que le ostentaban superioridad, crudo en sus opiniones y hasta combativo. Por el único por quien sintió afecto fué por Ogilvie-Grant, compañero de la Bird Society, gran propagandista de las reservas naturales para las aves, además de Director de la sección ornitológica del Museo Británico y quien, conjuntamente con Sharpe, llevó las colecciones al millón de especímenes y a su admirable organización actual. Colecciones que Hudson visitaba menos que las arboledas, porque los pájaros embalsamados le resultaban una pesadilla, una parodia grotesca de la belleza.

Y por haber nombrado a la belleza y como un agregado a la reseña, que ya voy terminando, mencionaré algunos de sus gustos en las artes. Las plásticas le dejaban en la indiferencia. Siendo sensible al color y a los efectos de la luz, la pintura le atraía: elogiaba al Veronese en « La Visión de Santa « Elena » de la National Gallery, cuadro que un avezado crítico define como « un himno a la naturaleza ». En música prefiere los arpeggios de la alondra a la mejor sinfonía, y en sus últimos años se aficionó a Wagner, probablemente por que le hiciera oír a un ruiseñor entre « El murmullo de la selva ».

En literatura « el autor que más admiraba » era Ruskin. Puede sorprender esta predilección si nos representamos al profesor de estética de la Universidad de Oxford, sometido a sus exclusivismos artísticos, y sujeto a su idolatría por las catedrales de la Edad Media. Pero Ruskin fué, también, un gran observador de la naturaleza, que dió, según la propia expresión de Hudson, « los ejemplos más perfectos de la pintura con palabras de lo que ha visto en la naturaleza ». La diversidad de los dos temperamentos puede apreciarse en las sendas contemplaciones de la Abadía de Bath y las respectivas descripciones de las chovas volando a su alrededor: Ruskin las ve, Hudson las ve y las oye.

Mas el autor que le dominaba era Tolstoi. Holgaría todo comentario dado que Tolstoi, espíritu vigoroso y ardiente, ejerce una influencia avasalladora en las últimas generaciones. Pero es que Hudson se sentía atraído por el ruso genial, a más porque ambos nacieron y crecieron en las llanuras, escribieron la historia de su niñez, tenían un apego obcecado al vivir y « terror » a la muerte y sobre todo por que si el uno predicaba la fraternidad humana, el otro predicaba la fraternidad para con los seres inferiores.

Como que Hudson entregó toda su ternura a los protegidos de la Bird Society a cuyo favor cedió los beneficios de la reimpresión del menos interesante de sus libros, « Fan », pero por el cual tenía inexplicable debilidad; y en su testamento les legaba sus escasísimos bienes y todos los derechos de autor. Legado, presumo, no desprovisto de importancia desde que sus obras se reeditan en progresión creciente en Inglaterra, Estados Unidos y en traducciones francesas, mejores por cierto que las nuestras.

En la vejez se robusteció su amor a los pájaros y la memoria por la tierra de su nacimiento. Cuando Hudson afirma « que su vida terminó cuando dejó la Pampa » dice una verdad rotunda. Sus mejores obras, las que han de darle la inmortalidad, son evocaciones de esa comarca lejana que florecieron en el ocaso de sus días al conjuro del recuerdo; y desde la primera, « Tierra Purpúrea » hasta una de las últimas, « Allá lejos », serán siempre explosiones de una nostalgia que escondía en el secreto de su corazón.

En la conversación intercalaba el uso de la lengua nativa. En el retrato que entrega a su más constante amigo Morley Robert, se suscribe « su amigo » en español. Cuando enfermo y lejos de la esposa ⁽⁶⁾, a pesar de que en su arrogancia « quería morir solo como un guanaco », cita a un clásico castellano diciendo: « Es amargo al final de la vida caminar triste y solo », frase de Meléndez y Valdez, poeta que ensalzó (naturalmente!) a la alondra y al gilguero. Sobre la chimenea de su habitación en Penzance, donde pasó sus últimos inviernos, figuraba una acuarela con el hornero, nuestra ave nacional, de la cual, a 50 años de distancia, describía el canto con la mayor realidad.

Por todo esto su predilecto Cunninghame Graham cuando le menciona en sus obras, reiteradamente le designa como « Argentino ».

(6) Emily Wingrave falleció, casi centenaria, en marzo de 1921.

No hace muchos años, una tarde, arrastrando sus achaques y las largas colas de un jaquet fuera de moda, se instalaba en un ómnibus y como encontrara lenta la marcha del vehículo, en un momento de ausencia, castigó con el paraguas al asiento, como si fuera a caballo: quien sabe qué añoranzas, qué ensueños resucitaban los días que se fueron, los días remotos cuando, en más de un crepúsculo pampeano, largo muchachote, cabalgaba un picazo para llegar a « su » laguna de Chascomús, serena y reluciente, y al avanzar entre juncos y totoras se alborotaba la inmensa quietud en creciente clamoreo... surgiendo de entre las aguas las gallaretas negras, que rayan la superficie con estela de espumas; becasinas de vuelo en zig-zag; rauda bandada de patos « argentinos », que llevan en el ala el blanco y el azul; chorlos por millares — pampas o dorados — desgranando la lluvia de sus notas; cisnes de plata, los de pico rojo y los otros — *nigricollis* — en larga hilera, marcando el cielo con sus cuellos como guiones; ibis de bronce; tropeles de gaviotas que atruenan los aires a graznidos y por sobre el sol poniente una parábola de flamencos — *Phoenicopterus*, alas purpúreas —; y en las alturas los chajás, reyes del vuelo, giran en amplias calmosas espirales al compás de sus gritos de alarma. Entretanto, en la orilla, el muchachote, trémulo, devora con los ojos, con todos sus sentidos y graba en su alma para siempre, la indeleble apoteosis del sonido, del color, del movimiento....

Esas lagunas cuyo visión no se le borró jamás...!: « Terminaré mi vida, separado de ellas por miles de millas, acariciando en mi corazón hasta el final, la imagen imperecedera de una hermosura, que ya desaparece de la tierra... »

Hoy descansa (?) en el Cementerio de Worthing, junto al mar, en un rincón por él elegido y bajo la sombra propicia de un pino « donde las tórtolas lloran ».

Esperemos que el ritmo de su prosa perdure mientras resuene el habla inglesa y esperemos también, que mientras en tierra argentina una calandria cante en el ombú, haya un admirador para el Viejo Hudson: Hijo de la Pampa.

(2) Daniel Hudson nació en Marblehead, Massachusetts, E. U., el 1º de mayo de 1804. Falleció en la ciudad de Buenos Aires el 14 de enero de 1868.

(3) Carolina Augusta Kimble nació en la ciudad de Berwick, Estado de Maine, E. U., el 10 de octubre de 1804. Murió en Buenos Aires el 4 de octubre de 1859.

(4) Según la tradición que conservan los descendientes, los padres y abuelos de Daniel Hudson fueron propietarios de astilleros, y la voluntaria expatriación de éste fué debida, más que a las razones de salud, al deseo de alejarse « del ambiente « Quakero » de la familia Kimble, muy religiosa y severa, tanto que los padres no permitían a sus hijos hablar en su presencia sin permiso. Trajo algún capital que invirtió en tierras y ovejas ».

(7) Hudson murió el 18 de agosto de 1922, en Tower House, 40 St Luke's road, Londres.

La lista completa de las obras publicadas por W. H. Hudson es la siguiente:

The Purple Land, 2 vol., 1885; *Crystal Age* (anónima), 1887; *Argentine Ornithology*, 2 vol., en colaboración con Selater, 1888-1889; *The Naturalist in La Plata*, 1892; *Fan* (*The Story of a Young Girl's Life*), 3 vol., firmado con el seudónimo Henry Harford,

1892; *Idle Days in Patagonia*, 1893; *Birds in a Village*, 1893; *British Birds*, 1895; *Birds in London*, 1898; *Nature in Downland*, 1900; *Birds and Man*, 1901; *El Ombú* (incluye también: *Story of a Piebald Horse*, *Niño Diablo*, *Marta Riquelme*, *Appendix to El Ombú*, *The English invasion and The Game of El Pato*), 1902; *Hampshire Days*, 1903; *Green Mansions*, 1904; *A Little Boy Lost*, 1905; *The Land's End*, 1908; *Afoot in England* 1909; *A Shepherd's Life*, 1910; *Adventures among Birds*, 1913; *Far away and Long ago*, (*History of my Early Life*), 1918; *Birds in Town and Village*, 1919; *The Book of a Naturalist*, 1919; *Dead Man's Plak*, 1920; *Birds of La Plata*, 1920; *A Traveller in Little Things*, 1921; *A Hind in Richmon Park*, 1922 (obra póstuma); y algunos breves opúsculos editados por la Sociedad protectora de las aves.

LAS PALOMAS DE LA ARGENTINA

POR

WILLIAM H. HUDSON

TRADUCIDO Y ANOTADO POR

ALFREDO STEULLET Y ENRIQUE DEAUTIER

Las palomas forman por sí solas un orden bien definido: Columbiformes. Se caracterizan desde luego por su pico corto, más alto que ancho, hinchado y convexo en el ápice, y cubierto en la base por una membrana blanda más o menos espesada, la cera, a través de la cual se abren los orificios nasales de forma elíptica.

Esta conformación del pico — que se singulariza además, por ser blando en la base y córneo en la extremidad —, es el rasgo más típico que a primera vista ofrecen, y el que las hace inconfundibles aún para los profanos.

Los tarsos son robustos y más bien cortos, con escamas transversales en la parte anterior, y reticulados en la posterior y a los costados; presentan cuatro dedos, tres adelante y uno atrás, todos a un mismo nivel.

Las plumas carecen de hiporraquis o, si lo tienen, es rudimentario.

Las alas, generalmente largas y organizadas para vuelos sostenidos, presentan 11 primarias y de 11 a 15 secundarias, mientras que la cola, casi siempre corta y redondeada, posee de 12 a 20 timoneras.

En la osteología merecen señalarse el paladar y el esternón. El primero pertenece al tipo esquizognato, cuya característica radica en el vómer que envaina en el rostrum, y en los palatinos y pterigoideos que se articulan entre sí y con el rostrum. El esternón es de forma variada y generalmente presenta cuatro escotaduras; la quilla o carena, destinada a la inserción de los músculos alares, ofrece un fuerte desarrollo, lo mismo que la fúrcula; pero en los dídidos una y otra son débiles.

El aparato digestivo de casi todas las especies carece de vesícula biliar y presenta ciegos intestinales rudimentarios. El buche está bien desarrollado y es el asiento de un interesante fenómeno de secreción durante la época de la cría. Como nacen ciegos y desprovistos de verdadero plumón, los pichones deben permanecer en el nido hasta completar su desarrollo y adquirir la capacidad de volar; mientras tanto su alimentación corre